



ANEXOS A LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA ESPAÑOLA

**ANEXOS A LA
TRANSICIÓN
DEMOCRÁTICA
ESPAÑOLA**

PABLO J. RUIZ DE PERALTA Y CASALLO



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: mayo 2026

Depósito legal: SE 1699-2026

ISBN: 979-13-7046-925-2

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: PABLO J. RUIZ DE PERALTA Y CASALLO

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

Dedicado al Ilustre Político francés
Maurice FAURE,
Agradecido

Índice:

PROLOGO	11
CAPITULO I	
Fallece Francisco Franco	17
Capitulo II	
Un joven Stager en el Parlamento Europeo	21
CAPITULO III	
Visitas a España de grupos políticos del Parlamento Europeo	25
CAPITULO IV	
Visita oficial de la Democracia Cristiana Europea a la España franquista	37
CAPITULO V	
Primeras elecciones democráticas en España en junio de 1977.....	47
CAPITULO VI	
.Maurice Faure.	49
CAPITULO VII	
Hacia la legalización del Partido Comunista de España	59
CAPITULO VIII	
Efectiva legalización del partido comunista de España	69
CAPITULO IX	
Gerardo Fernández Albor	89
CAPITULO X	
Reforma social española.....	95

CAPITULO XI	
Ubicación definitiva de la derecha española en la Unión Europea.....	97
CAPITULO XII	
Monarquía sin monárquicos.....	101
CAPITULO XIII	
El estado de las Autonomías	105
CAPITULO XIV	
Dimisión del Presidente Adolfo Suárez	111
CAPITULO XV	
Democracia de mínimos.....	117
CAPITULO XVI	
Agustin Rodríguez Sahagun.....	123
CAPITULO XVII	
Abogado en Luxemburgo	129
CAPITULO XVIII	
Juan Carlos I el mejor Embajador de España	137
CAPITULO XIX	
Reforma del Poder Judicial	143
CAPITULO XXI	
La iglesia católica.....	145
CAPITULO XXII	
El Ejército de España	149
EPILOGO	153

PROLOGO

Tras fallecer el Generalísimo Francisco Franco en su cama hospitalaria de Madrid, España se enfrentaba al enigma sobre cuál sería el destino político de este país que, durante casi cuarenta años, contó con la protección providencial del vencedor de la tan ensalzada Cruzada Nacional contra los enemigos de España.

La clase política del momento, tanto demócratas como falangistas, daban por sentado que la toma de posesión del nuevo Jefe del Estado, en la persona de Juan Carlos I, no era una garantía de estabilidad política para el país. Mal se podía comprender que, sin el carismático General gallego, su estructura política “sui generis” y apoyada en principios de orden personalista, muy controvertidos, pudiera servir para regir la vida política de un país que ya había alcanzado la mayoría de edad en muchos de los órdenes en los que se asienta la convivencia de un país moderno, y con ganas de disfrutar de una auténtica democracia, y de una libertad sin recortes subjetivos y torticeros.

Este clima de incertidumbre tuvo un amargo despertar cuando el Monarca, Juan Carlos I, depuso al Presidente de Gobierno que había heredado de Francisco Franco, Carlos Arias Navarro, y nombró para sustituirlo a un falangista, de muy escaso pedigrí y sin ningún tipo de reconocimiento nacional, tanto popular como entre la clase política, como era Adolfo Suárez.

“Qué error, qué inmenso error”

Proclamó todo el país, parafraseando las palabras de un político tan carismático, como llegó a ser, Ricardo de la Cierva, y

a todo el país se le atragantó tanto el aperitivo como el primer plato, el segundo y el postre.

¿ A dónde iba el Monarca Juan Carlos I con un falangista de segunda categoría , puro camisa azul, y con el cangrejo bordado en el bolsillo izquierdo de la camisa josé antoniana?

A partir de ese momento, toda la clase política española , aspirante a convertir a España en un país moderno y democrático, con ganas de disfrutar de la libertad, como la disfrutaban ya todos los ciudadanos de los países europeos, frunció el ceño y se esperaba lo peor para el devenir del país: una revolución que amargase la aparente calma de la sociedad que hasta entonces disfrutaba de las Copas de Europa del Real Madrid y del “seiscientos” para ir a la playa, o al campo, los fines de semana.

Algunos hasta se preguntaban donde quedó la promesa del Ilustre Ministro franquista Laureano López Rodó quien, rotundo, afirmó en la época:

“ *Dadme dos mil dólares de renta per cápita y os haré una democracia*”.

Nadie en el pueblo, puro y llano, quería una revolución que pudiera concluir, otra vez, con un enfrentamiento armado. Todo el mundo quería la paz, pero con un sistema político moderno, democrático, y tan avanzado como las democracias europeas colindantes, sin el pasteleo infantil del tardo franquismo que protagonizaba, continuamente, Carlos Arias Navarro, que proponía formulas políticas a medio camino entre lo que no se quiere y lo que se detesta.

De modo que todo el país se sentó en la incredulidad, y desencanto, de un nombramiento real, a todas luces, incomprensible como lo fue de un falangista como lo era Adolfo Suárez,

Por aquel entonces, yo ya había recorrido la Europa democrática, varias veces, había asistido a los cursos de Derecho Internacional, en la Academia de Derecho internacional de La Haya

y había participado en los cursos de Derecho Comparado de la Universidad internacional de Luxemburgo.

En definitiva, había comprobado cómo se disfruta una auténtica democracia, en los respectivos países europeos, de todos aquellos que eran mis compañeros de estudios en los referidos centros docentes.

Como ya había comprendido que desde el interior del régimen franquista nunca llegaría a instalarse en España una auténtica democracia representativa, y atraído por la construcción de una Unión Europea apoyada en los auténticos valores democráticos, cuya máxima representación era el Parlamento Europeo, cuyo Secretariado General radicaba, precisamente, en el Gran Ducado de Luxemburgo, decidí, siguiendo el consejo de mi profesor de Derecho Constitucional, y gran amigo, Don Luis Sánchez Agesta, abandonar España y llamar a las puertas del Parlamento Europeo con la excusa de querer desarrollar mi tesis en esa institución parlamentaria, cuyo secretariado radicaba, como queda dicho, en el Gran Ducado luxemburgués.

Como Caballo de Troya, conseguí ubicarme en una posición estable dentro del conglomerado de los grupos políticos que componían la citada Cámara parlamentaria

Desde esta confortable posición fui ganándome la confianza de los responsables de las distintas fracciones que desarrollaban, día a día, el control parlamentario de la incipiente Unión Europea.

Ello me sirvió para establecer una red de contactos con los referidos grupos políticos europeos a los que conseguí poner en relación con los potenciales correspondientes políticos españoles.

Por entonces, balbuceaban los esquemas de las diferentes corrientes democráticas que habían surgido, en Europa, tras la debacle de la Segunda Guerra Mundial, y el resurgimiento de la sensatez política que anudaron los grandes fundadores del nuevo

orden democrático europeo, como fueron Konrad Adenauer, Robert Schuman, Di Gsperi, etc.

Mediante más de cuarenta delegaciones , de uno y otro lado de los Pirineos, conseguí relacionar a políticos españoles con europeos para perfilar una identidad política española apoyada en la democracia representativa, teñida de las ideologías que representaban las distintas tendencias políticas surgidas en Europa tras la Segunda Guerra Mundial.

Ello proporcionó una oportunidad de oro para que, unos y otros, se fueran relacionando y los españoles distinguieran cuál era la música que sonaba en el concierto de las naciones democráticas europeas, que iban forzando la unión de los pueblos continentales que se desangraron en la cruenta Segunda Guerra Mundial.

Este es el objetivo fundamental de esta publicación con la que he querido hacer historia de estas relaciones políticas hispano-europeas, que yo mismo provoqué desde mi rincón en el Secretariado del Parlamento Europeo de Luxemburgo.

Con ello quiero dar respuesta a algunos historiadores españoles que me han pedido que relate, en una publicación, el desarrollo de estos contactos predemocráticos europeos de los distintos grupos políticos, y fracciones políticas, de España, algo inaudito en el mundo de la España franquista.

La única vez que alguna tendencia ideológica española pretendió mantener relaciones con sus posibles homólogos europeos, acabó en una verbena, malsonante, que se denominó: “El Contubernio de Munich”.

Sus protagonistas fueron condenados a “ tomar el Sol” en las paradisíacas playas canarias, castigo del que se libraron gracias a la intervención de mi adorado maestro Don Luis Sánchez Agesta quien solicitó al Caudillo, Francisco Franco, que “liberarse” de tan complacientes vacaciones a los representantes políticos espa-

ñoles culpables de tener conversaciones, (democráticas), con sus amigos demócratas europeos en la capital de Baviera: Munich.

Aprovecho estas páginas, también, para relatar otras anécdotas, incidencias y vicisitudes que me acaecieron en mi estancia en el Parlamento Europeo.

Todo ello como consecuencia de ser el español al que, al estilo más genuino del “guerrillero” de la España napoleónica, le tocó forzar una página en la historia de la monarquía juan carlista, como fue mi intervención en la legalización del Partido Comunista de España, de Santiago Carrillo, gracias a la intervención de un político tan ilustre, como providencial para España, como lo fue el Insigne diputado francés Maurice Faure.

Por lo demás, estas páginas quieren ser un crisol de reflexiones sobre lo acaecido, en España, para conseguir que el país abrazase la democracia, pura y simple, aprovechando, además, para relatar las experiencias acumuladas, durante más de veinticinco años que desempeñé las funciones de consejero parlamentario en la institución Parlamento Europeo, en la que entré como becario y a escondidas y que, ciertamente, ha supuesto para mi una aventura apasionante y, para España, un beneficio añadido a su espectacular transformación política, postfranquista, merced a una transición democrática fruto de la generosidad de todos